



ENSAYO CRÍTICO

SOBRE

# BALTASAR

DRAMA ORIENTAL

DE LA SEÑORA

DOÑA GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

---



### ENSAYO CRITICO SOBRE BALTASAR (\*)

Babilonia—BALTASAR, drama oriental por la Señora Gertrudis Gómez de Avellaneda.—Argumento.—Examen bajo el punto de vista bíblico.—Los libros de Daniel.—Baltasar.—El rey Joaquín á Jeconías.—El profeta Daniel.—El sitio de Babilonia.—Examen bajo el punto de vista histórico.—Narración de Herodoto.—Narración de Xenofonte.—Narración de Beroso y de Josefo.—Los canales del Eufrates y la toma de Babilonia por Ciro.—*La cena de Baltasar*, de Carpio.—Pensamiento del drama.—El *Sardanapalus* de lord Byron.—Comparación con lo que refiere Diodoro de Sicilia.—Ejecución del drama.—Beneficio de la Sra. Cairón.—El público.—El Sr. Montijano.—El Sr. Navarro.—El Sr. Irigoyen.—El Sr. Benetti.—El Sr. García.—La Sra. Márquez.—El Sr. Valero.—La Sra. Cairón.—Decoraciones.—Trajes caldeos.—Ovación á la beneficiada.

**H**UBO ciudades en el mundo antiguo, cuya imagen tiene para nosotros el va- go encanto de una visión de nuestros ensueños infantiles. En el bello panorama de nuestra imaginación y de nuestros recuerdos, esas reinas del pasado se destacan majestuosas,

[\*] El presente juicio apareció en el *Siglo XIX* del día 15 de Julio de 1863.—N. del E.

fijando nuestra atención, haciéndonos vivir en otros tiempos y presenciar atónitos los prodigios de asombrosas civilizaciones que no existen, pero que la magia del pensamiento hace salir de sus sepulcros seculares y sacudir el sudario de las ruinas para presentarse con todas las pompas de la vida y de la hermosura.

Tebas, Menfis, Atenas, Balbeck, Palmira, Jerusalén; pero sobre todo, Babilonia, aquella maravilla del viejo mundo, gigantesca metrópoli del Asia, cuna de tres grandes imperios, sepulcro de tantas ambiciones, gloria y orgullo de la civilización antigua, punto de partida de la humanidad postdiluviana, según las Escrituras.

Babilonia, la grandiosa capital del imperio Asirio, la de los templos fastuosos y las titánicas torres, la de los puentes soberbios y de encantados jardines, la de los muros altivos y de las puertas de bronce, la de soberbios monarcas y varoniles princesas; Babilonia, esa reina sensual que, recostada sobre su lecho de oro, á la sombra de las palmas, veía orgullosamente arrastrarse á sus pies las poderosas aguas del Eufrates y servirle de tapiz la inmensa llanura brillante con las doradas mieses y con las cintas de plata de sus cien canales! . . .

Babilonia fué la visión mística de nuestras leyendas de niño, ha sido el objeto de nuestros

estudios de joven, y todavía cuando hombres maduros dirigimos una mirada pensativa á las edades pasadas; esa ciudad magnífica y opulenta donde á la par moraron tan negros vicios con sublimes virtudes, esa ciudad que produjo á Semíramis y á Nitocris, que deificó á Belo y á Nabucodonosor, que fué profanada por Ciro en medio del festín, y que encerró el loco orgullo de Alejandro bajo la losa sepulcral, es un motivo de hondas meditaciones. Todo nos interesa en ella, su poderío, su hermosura, sus grandezas y sus infortunios. Heredera de Nínive y madre de Seleucia, ella vió sucederse los imperios á los imperios, las dinastías á las dinastías y las civilizaciones de un mundo á las de otro, hasta su cumbir en manos de la barbarie, que despojándola de su corona sagrada, la ató al cuello el cordel de los esclavos y la sepultó en la tumba del aniquilamiento. Así ella vió levantarse el trono caldeo y el trono persa, el trono macedón y el trono seléucida, la curul romana y el diván de los califas, pasando ante sus ojos Belo y Ciro, Alejandro y Seleuco, los emperadores griegos y Haroun-al-Raschid, hasta que el destino descargando sobre ella su maza omnipotente, abatió para siempre su fiereza, *la hizo convertirse en un montón de escombros, la hundió entre el polvo del desierto, trocó sus templos y palacios en*

*animales feroces y de pájaros agoreros, y sembró en su derredor la desolación y la tristeza, como si se hubiese encargado de cumplir la condenación de las antiguas profecías.*

Hoy aquellas llanuras por donde llegaban los ejércitos de Nabuconodosor victoriosos y trayendo encadenados á los vencidos pueblos por donde aparecían los carros y las huestes de Ciro, haciendo estremecer la tierra *y rugiendo como el mar*, por donde marchaban las falanjes de Alejandro cargadas con los despojos del mundo, apenas cruza melancólico el *goun* de árabes ladrones, semejante á una patrulla de sombras.

Aquel gran río por donde subían embarcaciones sin cuento trayendo los tributos de cien provincias hoy despojado de su corona de sauces y de su flotante servidumbre, se desliza solitario y silencioso, como humillado por la catástrofe de su señora. Los mil canales que atravesaban las llanuras llevando á ellas la fecundación y la riqueza, yacen hoy cegados é inútiles, serpenteando como inmensas arrugas en los mustios yermos; allí donde se alzaban altivas ciudades, populosas aldeas y alegres arquerías, hoy apenas se descubren en medio de un terreno polvoroso y sepulcral las negras chozas de los *fellahs* miserables, y en el sitio en que se levantaba el trono de un monarca de poderosas naciones, se

sienta hoy, en estera humilde, el bárbaro *muchir* sucesor de los Belos, de los Daríos y de los Alejandro. Se comprende la exclamación del profeta: "*¿Cómo ha venido á ser Babilonia el asombro de todos los pueblos?*"

¡Ay! ¡así pasan las glorias de este mundo!

No parece sino que Babilonia ha sido privilegiada por el destino para desaparecer de la tierra, así como lo fué para causarle admiración con su belleza insolente. El mármol de las construcciones griegas ha sobrevivido á la grandeza de sus repúblicas; el granito de los monumentos egipcios y romanos, aún nos da idea de aquellas dos civilizaciones; pero la arcilla y el asfalto de la metrópoli caldea no han podido eternizar la grandeza de la civilización asiria, y el aliento de los siglos, fundiendo torres, y templos, y palacios, los ha hecho dispersarse en ríos de lava y perderse entre las riberas cenagosas del Eufrates. Babilonia casi ha desaparecido de la faz de la tierra, y el viajero tiene hoy trabajos para marcar por confusos vestigios en medio de pavorosas soledades, el lugar de aquella ciudad en la que hablaban los astros y á la que daban culto los pueblos.

Sin embargo, tal vez por esta completa desaparición que da mas ancho campo á la fantasía para sus concepciones maravillosas, ó porque la

oímos nombrar frecuentemente en las leyendas bíblicas, siendo el objeto de la poética indignación de los profetas, Babilonia es una ciudad de las que más interesan á los pueblos cristianos, y apenas queda inferior en esto á Jerusalem.

Por eso todo lo que se refiere á ella, nos conmueve, excita nuestra curiosidad, nos sumerge en una especie de religiosa contemplación, y sentimos, recordándola, soplar en nuestra frente el hálito gigantesco de las antiguas edades, y halagar nuestros sentidos el perfume oriental de una civilización voluptuosa y magnífica.

\* \* \*

Todo esto nos ha pasado viendo poner en escena el *Baltasar*, drama bíblico de la Sra. Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, estrenado en Madrid hace nueve años, pero representado hoy por la primera vez en el teatro de Méjico.

La distinguida poetisa cubana, desdeñando la modesta extensión del drama común, ha ido á buscar con esa mirada de águila y con esa imaginación poderosa con que al cielo plugo dotarla, un bello y magnífico asunto en la vida de un gran imperio, cuyas visicitudes nos han tras-

mitido las asombradas páginas de la antigua historia.

En este drama, como en su tragedia bíblica *Saúl*, y como en *Alfonso Munio*, la Avellaneda se ha puesto el nivel de los más famosos trágicos, por la elección del asunto, como por la ejecución, llevada á cabo con una entonación y con una grandeza que nos sorprenderían en sumo grado si no supiésemos que ella, según la célebre expresión de un ilustre contemporáneo, es más bien un gran poeta que una poetisa.

Todo en las obras de la ilustre americana lleva el sello de ese talento varonil y avasallador que caracteriza á los grandes hombres; todo en ellas es notable, y hasta sus defectos é infracciones de la verdad y de las reglas tienen el mismo carácter que los defectos de los poetas antiguos ó que las magníficas licencias de Shakespeare y de los más célebres dramaturgos modernos.

Vamos á entrar en el estudio de *Baltasar*, no por una vana ostentación de doctrina, que no puede sospecharse en nosotros, sino porque esta notable producción lo merece, pues no sería cosa de dejar pasar un acontecimiento histórico, extraordinario, que se pone en escena, y se pone por un talento superior, sin decir sobre él, siquiera sea por vía de ensayo, algunas palabras que más que crítica son un homenaje rendido

al genio. Así pues, no se extrañará encontrar-  
nos demasiado técnicos, en lo cual procuraremos  
ser sobrios cuanto nos fuere posible, debiendo los  
lectores tomar en consideración el asunto y el  
género de composición que analizamos.

\*  
\* \*

La historia del rey Baltasar ó Labinetes, como le llama Herodoto, la toma de Babilonia por  
Ciro y Ciáxara, la caída del imperio asirio y los  
prodigios que tuvieron lugar, según los libros sa-  
grados de los hebreos, en la famosa cena de  
aquel rey: he aquí los acontecimientos que la  
Sra. Avellaneda ha puesto en el teatro, y ya el  
lector puede figurarse cuán inmenso es el asunto,  
cuántas dificultades presenta para la unidad  
teatral.

Es preciso establecer de antemano, que el  
drama está modelado sobre la narración bíblica,  
y que la autora ha parecido apartarse de las tra-  
diciones de la historia profana, que no todas  
coinciden con la sagrada leyenda; de modo que  
la obra debe examinarse á la luz de las creen-  
cias judaicas, heredadas por el cristianismo; no  
á la luz de la filosofía, de la crítica y de la historia.  
La autora se propuso reproducir ante el  
espectador la historia contada por Daniel, ha-

ciendo intervenir, como lo hace el profeta, prodigios  
terribles en la caída de la monarquía caldea,  
y no fija su atención en las causas providenciales,  
aunque no maravillosas, como lo hace la crítica  
histórica, que son las que determinan siempre  
la elevación y la ruina de los imperios, así como  
la civilización y la decadencia de los mundos.

\*  
\* \*

He aquí el argumento de *Baltasar*, conservando  
el fondo bíblico; pero revestido con la fábula  
dramática que tan poéticamente supo tramar  
y desarrollar la privilegiada imaginación de  
la Sra. Avellaneda; separándose, sin embargo,  
á veces en los tipos y en las escenas, de la  
narración hebraica.

El rey de Babilonia, el nieto de Nabucodonosor  
y último de los monarcas de la familia caldea,  
es un hombre de treinta y seis á cuarenta  
años, de una naturaleza ardiente y sensual,  
pero gastada por los placeres, que ha apurado  
desde su juventud hasta la saciedad, hasta el tedio,  
hasta la postración. Aquel monarca es infeliz  
en medio de su omnipotencia; su espíritu está  
consumido por un fastidio espantoso; su corazón  
helado no es capaz ya de sentir emoción alguna;

sus sentidos, agotados en el harem y en la orgía, están muertos; los goces de la soberanía son para él nulos, y mas bien le sirven de martirio. Careciendo de una organización guerrera, ó no pudiendo despertársela, no disfruta de las nobles agitaciones del combate; repugnando los trabajos de la administración, abandona las riendas de la monarquía en las más enérgicas manos de Nitocris, su madre, y en las de sus sátrapas; aburrido de aquel lujo oriental de la corte, deslumbrador y refinado, pero monótono, no encuentra en él ni siquiera un motivo de vanidad; de los deleites del amor no puede sacar ya ni una gota de elixir para reanimar su sangre debilitada; en fin, el rey asirio, obsediado, adorado por la beldad, se ha convertido en un regio eunuco; aspirando constantemente una atmósfera impregnada de los ricos aromas que se queman á sus pies, se ahoga, sin poder desde el trono refrescar sus sienes con un soplo de aire puro; las flores carecen de perfume para él; el acento de los himnos lisonjeros le inspira un desdén profundo, el temor de los dioses no halla cabida en su alma escéptica; nada quiere, nada busca, nada cree, nada piensa; en fin, es la personificación exacta de aquellos déspotas del Oriente, enervados por los goces sensuales, y encuentran sus mas terrible castigo en el agotamiento de su vitalidad y

en la profunda tristeza que produce el exceso del placer.

Tal es el rey Baltasar, según lo pinta la Avelaneda. No es, en nuestro concepto, un retrato histórico, sino una personificación hecha expresamente, como lo probaremos después.

Este rey se consume de tedio: sus ministros le preparan una fiesta en la que procuran apurar el ingenio; pero con la que no consiguen más que irritar el ánimo enfermizo del déspota. Sin embargo, uno de sus sátrapas, Rabsares, de acuerdo con otro, Neregel, y valiéndose del candor de la reina madre, con el deseo de presentar á los ojos de Baltasar algo nuevo y que le excite, buscan en el fondo de la prisión en que yace Joaquín, rey cautivo de Judá, á una joven israelita, sobrina del profeta Daniel y esposa de Rubén, orgulloso mancebo cuya noble altivez es atormentada, pero no quebrantada por la desgracia.

Elda, que así se llama la hermosa doncella, se muestra agradecida á las bondades de la reina, que baja hasta los calabozos de Joaquín para buscarla y conducirla á la corte, y que la promete liberrar pronto al viejo ciego cambiando la suerte de su familia. Así es que sigue pesarosa, pero confiada, á su protectora, hasta el palacio del rey, sin sospechar que es una vícti-

ma consagrada á enardecer por un momento la tibia sangre del tirano.

Este la ve, porque los sátrapas se la designan entre el coro de jóvenes cortesanas, haciéndole grandes elogios de su voz, después de lo cual piden á la doncella que cante en presencia del monarca, á cuya solicitud ella rehusa noblemente. Los versos que con este motivo dice, son hermosísimos, son sublimes, y no parecen sino inspirados por el oculto pero potente númen que debe agitar el alma de una hija de Cuba, cuyo pueblo arrastra las cadenas de la esclavitud. Hélos aquí como se dijeron en Madrid, y como se dijeron en Méjico:

RABSARES.—En la música descuella  
Todo la judaica gente;  
Que hdy ante el monarca ostente  
Su talento esa doncella.  
Llega joven: tu señora  
Quiere escuchar tus acentos.

NITOCRIS.—Que sus tristes pensamientos  
Disipe tu voz sonora.

ELDA. ¡Oh reina! excúsame pía,  
Pues en triste cautiverio  
No hallo voz en el salterio,  
Ni hay en mi acento armonía.

RABSARES.—¡Te niegas!

ELDA. Sólo las aves  
Divierten á su opresor.  
Exhalando su dolor  
Entre cánticos suaves.

RABSARES.—¡Cómo!

NITOCRIS. ¿Qué dices?

ELDA. No hay ya  
Para el Dios del cielo altares,  
Ni festejos, ni cantares  
Para la viuda Judá!  
Pende su arpa sin sonidos  
Del sauce de estas riberas,  
Do las brisas extranjeras  
Sólo le arrancan gemidos . . .  
¡Que en la infausta soledad  
Es el llanto nuestro acento . . .  
Y alas no halla el pensamiento  
En donde no hay libertad!

NEREGEL.—¡Insolente!

NITOCRIS. El rey te escucha.

BALTASAR.—Y te mando cantar.

ELDA. ¡No!

¡No puedo obedecer!

RABSARES. ¡Oh!

¡Te pierdes!

NEREGEL. ¡Qué audacia!

NITOCRIS. Es mucha

Tal resistencia Elda mía.

ELDA. ¡Mi pueblo gime, señora,  
Bajo otro yugo!



- BALTASAR.                   ¿Y se ignora  
Entre esa turba judía  
Que de su rey y señor  
Es la voz sagrada ley?  
ELDA.                        En tí ven su vencedor,  
Pero no acatan su rey.  
NITOCRIS.—¡Elda!  
RABSARES.                ¡A muerte te condenas!  
NITOCRIS.—(En voz baja.) ¡Cede por los dioses!  
NEREGEL.—(Poniéndole el salterio en las manos)  
Toma,  
Esclava, y tu orgullo doma.  
ELDA                        No hay en el mundo cadenas  
Que rindan la voluntad!  
(Arroja el salterio. Gran agitación.  
Baltasar se levanta y la mira con  
sorpresa, pero sin cólera.)  
NEREGEL.—¡Dioses!  
RABSARES.                ¡Infeliz!  
NITOCRIS.                ¿Qué has hecho?  
[Al rey]. ¡Oh señor! que halle en tu pecho  
Su insano arrojo piedad!  
RABSARES.—Tiene á su padre en prisión  
Y su indulgencia merece.  
BALTASAR.—[Después de mirarla un instante],  
Pedírmela no parece.  
NITOCRIS.—Llega á implorar tu perdón  
A sus plantas.  
RABSARES.                ¿No te humillas?  
ELDA.                        Las gentes de mi creencia  
Sólo de Dios á presencia  
Deben doblar las rodillas!

¿No es verdad que estos versos son bellísimos? ¡Lástima que quien sabe hacerlos encerrando en ellos tan sublimes pensamientos, y quien ha creado el hermoso tipo de Elda, no sea una Elda! ¡Lástima que en la tierra natal de la Avellaneda no puedan recitarse tales como ella los compuso, y tenga que cambiarse el mejor de todos del modo siguiente:

¡Que en la infausta soledad  
Es el llanto nuestro acento,  
Y alas no halla el pensamiento  
Donde reina tu maldad!

Esto nos trae á la memoria la substitución que allí mismo han tenido que hacer, cantando *Puritanos* del entusiasta *Gridando libertad*, por el frío y necio *Gridando. . . . lealtá*. ¡Sea por Dios! ¿Y dedica la Avellaneda su *Baltasar* al príncipe de Asturias, elogiando en su dedicatoria lo mismo que ataca tan enérgicamente por boca de la esclava judía? A veces pensamos que esta dedicatoria se escribió para escudarse de la suspicacia, no fuera á ser que tras la joven israelita se descubriese á la patriota hija de Cuba. Es posible; pero hay quienes nos digan que no hay tal, y que la Elda cubana no ha arrojado jamás el salterio para no cantar á la monarquía, ni le arrojará nunca, ni entonará jamás, en són dolien-

te, el *Super flumina Babylonæ*, ni colgará su lira de los sauces del Manzanares.

En cuanto á nosotros, apasionados de la Avelaneda y que la creemos tan patriota como poetisa en el arrebato de nuestro cariño, acariciamos la ilusión de que esto no es cierto, y suponemos que quien eleva esos acentos dignos del sublime salmista hebreo, de aquel poeta de la libertad de Judá, no puede ser indiferente á la suerte de su patria. El recuerdo de esta santa Sión en uno ha nacido, siempre es el primero, el más dulce y el más tierno, sea que nos sorprenda en que la miseria y en la soledad, sea que brote en medio de la dicha y del fausto de una corte opulenta.

Volvamos á Baltasar.

Con la resistencia de la virgen judía, aquel corazón gastado se conmueve, se agita; desea, y como lo que desea no está al alcance de su mano, que se encuentra con el muro de la virtud y de la altivez, lo que habría podido ser un capricho se convierte en pasión. Baltasar manda retirar á la corte, quédase sólo con Elda, quiere gozar con avidez de aquella conquista, agradable por difícil. Pero la judía sigue resistiendo, fiel á sus juramentos y á su virtud, rechaza indignada al rey, y cuando éste exasperado quiere violentarla, se aparece Rubén, el nieto

de Joaquín y esposo de Elda, que la había venido siguiendo, advertido por Daniel acerca del peligro que corría. El joven iracundo se atraviesa y osa amenazar al monarca, que altamente sorprendido de esta audacia, llama á su corte: sus palaciegos van á precipitarse sobre el atrevido mancebo, cuando Elda revelando que es su hermano, contiene la cólera de Baltasar. Rápido como el pensamiento, el monarca se lanza en medio de sus oficiales y del israelita, y detiene á aquellos haciéndoles desviar la punta de las desnudas espadas que ya amenazaban al desdichado joven. Esta escena es bellísima y produce una conmoción extraordinaria.

Después manda salir á todos y se queda con Ruben, que sacando una espada que traía oculta bajo su túnica de cautivo, pretende matar á Elda antes que verla ir al harem.

Baltasar le coge por el puño, y cuando queda á solas con él, desenvaina la espada y le acomete con tal furia, que el judío, desprevenido ó atemorizado, se deja desarmar y cae al suelo. El rey le manda levantarse, le perdona, le desprecia y se marcha.

Cuando Joaquín ya puesto en libertad sobreviene, halla á su hijo humillado y lleno de desesperación, y sabe las intenciones depravadas que amenazan la virtud de Elda. Ciego como es,